

CAMBIO DE GUARDIA

Llamada inesperada

Unexpected call

Johnnys Arzuza-Bustamante

Era una larga mañana y el servicio de urgencias estaba más lleno de lo habitual. Parecía que iba a ser un día cualquiera, pero ese día iba a ser diferente. Yo me encontraba listo para atender al siguiente paciente cuando, de repente, sonó mi teléfono. Felipe, uno de mis mejores amigos. La verdad, no sabía si contestar. Tenía muchos pacientes que esperaban a ser atendidos, pero no era habitual que me llamara, y menos en mi jornada laboral. Así que decidí atenderlo:

–¿Cómo estás, “negrito”? –Así es como me llaman siempre cariñosamente mis amigos–. No me dejó ni responder a la pregunta...

–Amigo, mi primo ha convulsionado hace una hora, mientras esperaba el autobús, y no está bien, sigue inconsciente. ¡Es la primera vez que le pasa esto! Estoy yendo al hospital de Tunal con él.

–Felipe, ¿cuántos años tiene?

–Dieciocho, y ningún antecedente.

En Tunal es donde trabaja mi mujer. Así que la llamo y le cuento todo lo que sé. Ella me cuenta que el paciente se encuentra en el área de reanimación, en estatus convulsivo y que le han pautado benzodiazepinas, con cierta mejoría.

Me quedo tranquilo, sé que está en buenas manos. Así que sigo pasando mi consulta. Esta vez me toca atender en el box de urgencias a una paciente con antecedentes de lupus, y un ingreso hospitalario 6 meses atrás por una hemorragia alveolar que precisó incluso intubación.

–¿Qué le ocurre?

–¡Pues hace 2 días me atendieron aquí y sigo igual!

Hace 2 días había consultado por dolor torácico y disnea. Reviso el caso y veo que todo se había hecho bien. Me centro en el paciente, con la dificultad de que no está muy conforme con mis explicaciones. Le brindo la mejor atención que puedo, pero sigo pensando en mi amigo y su primo.

Con la inquietud por mi amigo, llamo de nuevo a mi mujer:

–¿Cómo sigue?

–Mal, se le hizo un TAC que fue normal, pero ha vuelto a convulsionar y lo hemos tenido que conectar a ventilación mecánica. La familia está nerviosa y no me sabe contar bien nada.

Llamo a mi amigo:

–Felipe, ¿tu primo tomaba algo raro, drogas?

–Es un joven muy sano, estuvo deprimido por la muerte de su madre hace 2 meses, pero hemos buscado en su cuarto y en la casa y no hay nada que nos de pistas. El pobre vive con su tía y la abuela, su padre vive en Estados Unidos y su madre falleció hace 2 meses. Pero él es una persona emocionalmente fuerte y sé que la causa de la convulsión no es una intoxicación.

Bip, bip (sonido del WhatsApp): es mi mujer. Johnny, le hemos repetido el TAC porque ha empezado a tener movimientos de decorticación.

Cuelgo y llamo:

–Felipe, hay que hacer trombectomía. En el TAC se aprecia la arteria basilar hiperdensa, y se le ha hecho una angiografía que confirma trombosis. El pronóstico es muy malo.

–Amigo, tengo esperanza, creo que todo va a salir bien.

La mañana siguiente fue una de las más grises. Me desperté con un mensaje descorazonador.

–Se me fue, tiene muerte cerebral, no hay nada que hacer.

Me sentí impotente, no puede estar al lado de mi amigo, brindándole apoyo, pero no fue por mala intención, estaba de guardia y no podía abandonar el hospital.

Una última llamada a mi amigo esa mañana:

–Felipe, entiendo tu dolor y el de tu familia: ¿habéis pensado en la opción de la donación? Se puede hacer mucho y salvar vidas.

Filiación de los autores: Medicina de Emergencias Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Autor para correspondencia: Johnnys Arzuza-Bustamante. Medicina de Emergencias Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

Correo electrónico: Arzuza_j@javeriana.edu.co

Información del artículo: Recibido: 15-11-2022. Aceptado: 20-2-2023. Online: 20-4-2023.

Editor responsable: Inés Fernández Guerrero.